

UN ARTE OLVIDADO: LA BELLEZA DE LA ORATORIA

*(Venturas, desventuras, vigencia y expansión
del idioma castellano)*

VICENTE BODAS CHICO
Correspondiente en Argentina

Los límites de nuestro lenguaje marcan la dimensión de nuestro mundo.

Señor Presidente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo; Señores Académicos; Señoras y Señores.

El arte, la belleza, en todas sus manifestaciones, también redimen al mundo.

Hay un arte olvidado, que vale la pena resucitar, la Oratoria. El arte del bien decir, de embellecer la expresión de los conceptos y los sentimientos. El arte de infundir al lenguaje oral o escrito eficacia para llegar a los demás. El arte de usar el idioma para comunicarse, persuadiendo, deleitando, conmoviendo.

Todo lo que hay dentro de nuestro mundo, y en el mundo que nos rodea, tiene un nombre, una expresión justa, exacta, precisa, oportuna. Llamar a cada cosa por su nombre, es una verdadera sabiduría. No poder hacerlo, es una lamentable ignorancia. *Dime cómo hablas y te diré quien eres.*

Los españoles, toledano, en este caso, que vivimos en Argentina, el país más austral del continente americano, estamos orgullosos, entre otras cosas, de haber difundido y conservar vigen-

te el idioma castellano. Uno de los pocos idiomas en expansión, hoy hablado y escrito por más de 500 millones de personas. Curiosamente, cuando el idioma castellano en España parece achicarse, en América se consolida y en el mundo se expande con su fuerza original imparable. Y ya que hablamos de Argentina, dos hechos poco conocidos relacionados con Toledo: la musa inspiradora y la intérprete de los más célebres tangos, es la esposa del famoso autor Disépolo, una toledana llamada TANIA.

Uno de los próceres de la Independencia de Argentina, Chile y Perú, el general Juan Gregorio de las Heras, es descendiente de Toledo, concretamente de Belvís de la Jara.

He dictado numerosos cursos de Oratoria y Técnicas de Lenguaje a políticos, empresarios y educadores. En esta ocasión he querido sintetizar, en tres enfoques, la necesidad de reivindicar el olvidado arte del buen uso del lenguaje, en la llamada era de las comunicaciones:

- LENGUAJE Y POLÍTICA
- LENGUAJE Y EDUCACIÓN
- LENGUAJE, CORRUPCIÓN Y CONTAMINACIÓN

LENGUAJE Y POLÍTICA

«El que quiera escuchar vaciedades más o menos sonoras, que acuda a escuchar a un político» (Unamuno).

Es preferible una moderada, silenciosa y eficaz elocuencia, antes que una tonta locuacidad. Pero ¿quién les hace entender esto a los políticos? En las abrumadoras y verborrágicas campañas elec-

torales, donde la economía suele ser uno de los caballitos de batalla, ningún político se caracteriza precisamente por hacer una economía del lenguaje. La medida, la selección y el ahorro verbal no son una virtud de los políticos. Ignoran el sabio axioma de Baltasar Gracián: «*lo breve, si bueno, dos veces bueno*». Suponen que el volumen físico de las palabras, la cantidad de sus apariciones públicas y la frecuencia de sus discursos, les dan mejor imagen y mayor crédito. El lenguaje, la comunicación, no son cuestión de cantidad, sino de calidad. Conocemos abundantes y reiteradas campañas electorales ruidosas. Todavía no conocemos ni una sola campaña electoral silenciosa. Vivimos en una idolatría del ruido, no en un culto del silencio. En política hay actitudes como ésta: gente que habla porque pensó; gente que piensa para hablar; y gente que habla sin haber pensado. Una escuela japonesa para líderes tenía el siguiente lema: «Todo pensamiento que no se convierte en palabra, es un mal pensamiento (un pensamiento inútil). Toda palabra que no se convierte en acción, es una mala palabra (una palabra vacía, inoperante). Toda acción que no se convierte en frutos positivos, es una mala acción (una acción infructuosa)». Un esquema racional. Pero pareciera que los políticos, cuando hablan en público, no apelan a la racionalidad y subestimarán a sus oyentes. Algunos líderes políticos fueron grandes oradores. Muchos líderes políticos son meros sofistas y demagogos, porque suponen que el hombre masificado pierde su individualidad razonadora y crítica, adoptando una personalidad colectiva permeable y vulnerable, a la que se puede conmovir y convencer con argumentos emotivos o discursos grandilocuentes. Para hablar en público con eficacia sólo se necesitan dos condiciones: tener algo *qué* decir y *saber* cómo decirlo. Baste con analizar el lenguaje de los políticos para advertir la carencia del *qué* y la desastrosa expresión del *cómo*. El contenido de la oratoria política, con frecuencia, queda reducido a una incontinencia verbal, a un abuso de palabras y frases que, supuestamente, pertenecen a un len-

guaje erudito o exquisito, pero que, casi siempre, son manifestaciones de afectación y ridiculez. Escuchemos algunos de los altisonantes y rebuscados términos: «En tanto y en cuanto... de ahora en más... encontremos una suerte de ajuste consensuado a la crisis coyuntural...». - ¿Qué dijo? Posiblemente quiso decir: «si encontramos un acuerdo a la crisis ocasional». Porque los políticos «deslumbran» con un léxico impropio y desproporcionado: el acuerdo es «consenso» y el desacuerdo «disenso». La modificación es «ajuste» y lo ocasional es «coyuntural». No mejoran, sino que «optimizan»; no son eficaces, sino que «eficientizan». No elevan, sino que «categorizan»; no cumplen, sino que «cumplimentan»; no ejercen, sino que «detentan»; no se relacionan, sino que «se contactan». Y un hecho es más conflictivo si le dicen «conflictual». Y nada de colocación, «posicionamiento» suena mejor. Ya ni las huelgas son huelgas, sino «medidas de fuerza». La posibilidad es más posible si la expresamos como «potencialidad». Los políticos no tienen un punto de vista, sino una «óptica». Así como para destacar la actualidad, no se conforman con decir simplemente hoy, tienen que decir «hoy en día». Cuando uno es pobre en palabras, o «carenciado» (que es un misericordioso eufemismo), en lugar de enriquecerse leyendo a los que escriben bien, escuchando a los que hablan bien, utilizando con frecuencia y sin vergüenza el diccionario, viste artificialmente su lenguaje con términos, cuyo significado desconoce, o lo adorna con construcciones gramaticalmente aberrantes. Y ya se sabe: «*el que de ajeno se viste, en la calle le desnudan*»; y «*aunque la mona se vista de seda...*» También son proverbiales en los políticos los «cortes y quebradas» para sacarse el lazo y escamotear la verdad, o mentir con verdades a medias. Habría que recordarles aquellos versos de Antonio Machado: «No digas media verdad, dirán que mientes dos veces sí dices la otra mitad». Es frecuente que cuando un periodista cita alguna declaración comprometida de un político, éste aclare (obscurezca) diciendo que «la han sacado de contexto». «Fuera de

contexto», «doble discurso», «primera y segunda lectura», son recursos de los oradores públicos, cuando usan consciente o inconscientemente la polisemia, varios mensajes, que dificultan la aparición de la verdad. El que tiene ideas claras, habla claramente. El que tiene ideas confusas, habla confusamente. Dime cómo hablas y te diré quién eres. El lenguaje es una fiel radiografía para conocer, en este caso, a los políticos. Los ciudadanos escuchan lo que dicen los políticos, no lo que quieren decir. Y tienen derecho a dudar y desconfiar de un líder que no sabe expresarse, o lo hace de tal manera, que manifiesta su incultura verbal, la cual es síntoma de su incultura mental. ¿Qué se puede esperar de la incultura en el poder? La antología de ciertos discursos políticos es interminable. He aquí algunas «perlas»: Votaron «todos» por unanimidad. Sucedió como hace un año «atrás». Son hechos claros y «evidentes». Lo juraron «bajo palabra». Están «totalmente» integrados. «Tal» parece que renunciará. Dijeron «de» que el Gobierno no lo tolerará. Lo enunció «a» grosso modo. Es el mejor «de» entre ellos. Tengamos «presente» a quienes ofrendaron sus vidas. Yo soy uno de los que «creo». Ambos «dos» se postularon para el cargo. Van a seguir «continuando». Pienso «de» que ha llegado el momento. Porque hay «mucho» hambre en el pueblo. Los dirigentes lo hacen pésimamente «mal». Aunque no lo «querramos». En esta oportunidad «hubieron» discrepancias. No sabe «lo» qué hacer. Ni «lo» qué hacer, ni «lo» qué decir. Tampoco es solución que los políticos lean los discursos que otros les escribe. Es obvia la falta de frescura y es llamativa la falta de identificación con el contenido. Y desde luego la falta de soltura. Y líbrenos Dios de que se aparten audazmente del texto, e improvisen. La solución sería que los políticos, además de aprender Política, aprendieran a hablar, aprendieran Oratoria, no como el arte de mentir, sino como el arte del bien decir, como el arte de comunicar clara, exacta y cultamente sus pensamientos y sentimientos. ¿Es mucho pedir?

LENGUAJE Y EDUCACIÓN

«*Vivir es expresarse*» (Heidegger).

«*Vivir es expresarse*», decía Heidegger. Naturalmente, el hombre no sólo vive, sino que hace su vida y su destino pensamiento a pensamiento y palabra a palabra. Nombrando los pensamientos, sentimientos, sucesos, realidades, imaginaciones, constituye su mundo vital. El lenguaje es la más alta dimensión de nuestra existencia. Porque aunque el hombre sea la más mísera de las criaturas, tiene el privilegio del lenguaje. Con él lo expresa todo: desde lo más divino a lo más infrahumano; desde lo más puro a lo más abyecto, desde lo más elevado a lo más vulgar. El mundo entero no está al alcance de todos, pero el nombre de las realidades o posibilidades sí. ¿Cómo no darse cuenta de que en los planes educativos para nuestros niños y jóvenes el lenguaje es una materia convencional, y no una materia esencial que enseña a aprehender, a descifrar la vida, a vivir? El lamentable y deprimente uso del lenguaje por parte de estudiantes y profesionales, es un síntoma inequívoco de crisis educativa (y de la crisis de la sociedad). El Ministerio de Educación de Luxemburgo, con muy buen criterio, introdujo recientemente la enseñanza de la expresión oral en todos los establecimientos del Gran Ducado europeo. Reconoció esta falencia en su informe al Consejo de Europa. Y también reconocieron los profesores que no habían sido preparados para esta nueva tarea. «Nuestros hijos, dice la UNESCO, son producto de tres padres: los dos naturales y el adicional de la comunicación que, dicho sea de paso, forma parte de los Derechos Humanos. El Gramaticalismo, como tediosa serie de preceptos, ha fracasado en la enseñanza del lenguaje. Pero rara vez ha sido sustituido por otra metodología más eficaz. No se aplica en la realidad un método sintético o deductivo, cual permite que sobre un caudal, más o menos abundante, de vocablos en la observación

hablada o escrita, se construya la frase como unidad lingüística. Ni se aplica un método intuitivo activo: lectura repetida de un tema sencillo; resumen oral de lo leído; preguntas sobre personajes, lugares, tiempos, circunstancias, finalidades; cambio de modismos y palabras por otras similares; ejercicio de vocabulario, significado de palabras, explicación de frases, repaso de ortografía en el dictado. Éste, que es el método natural para aprender bien el idioma materno, lamentablemente no se utiliza en la práctica cotidiana de las aulas. Supone esfuerzo y capacitación de los docentes. Está probado que cuando un docente habla y escribe muy bien en su idioma materno, sus alumnos lo aprenden muy bien y sin dificultad. La pregunta es obvia: de dónde salen nuestros alumnos primarios, secundarios y universitarios con tan paupérrimo léxico, con tantas trabas expresivas y con tan pésima ortografía? Evidentemente salen de nuestras aulas, donde la enseñanza viva del lenguaje es insuficiente e imperfecta. Nuestros alumnos ignoran la rica gama de la comunicación verbal, visual, auditiva, gestual, dimensional, intelectual, emocional, sugerente, subliminal. «No hay ser humano completo, como dice Pedro Salinas, sin un grado avanzado de posesión del lenguaje». Curiosamente se enseña la lengua materna con el mismo método con el que se aprende un idioma extranjero: con un puñado de vocablos y verbos que permiten una construcción desprolija y desgarbada de las ideas. Los verbos «hacer» «dar» se repiten hasta la saciedad: «hacer saber» por manifestar; «hacer memoria» por recordar; «hacer llegar» por enviar; «hacer mención» por mencionar; «hacer consultas» por consultar; «hacerse problemas» por preocuparse; «hacer notar» por destacar; «hacer dinero» por ganar; «hacer fuego» por encender. (Y hay «haceres» todavía más clásicos: «hacer bolsa» por aniquilar; «hacer buena letra» por actuar correctamente; «hacer el bocho o la croqueta»; «hacer el verso»; «hacerse el burro»; «hacerse el sota»; «hacerse la rata»; «hacerse el picnic»). Como vemos es cuestión de «hacer». Y también cuestión de

«dar»: «dar lectura» por leer; «dar comienzo» por comenzar; «dar a conocer» por manifestar, «dar con alguien» por encontrarlo; «dar razones» por explicar. Y estas «elocuentes» perífrasis suelen completarse con muletillas tan «brillantes» como: «este... esto... bueno... la verdad es que, «digamos que... no es cierto? viste?... de pronto... como que... sucede que... por cierto que. - Por cierto que el lenguaje cotidiano de una buena parte de la sociedad es desastroso. Es falta de educación en el sentido etimológico y real: «educar» es dirigir, conducir, encaminar y desarrollar las facultades intelectivas, volitivas y sensitivas del individuo. El lenguaje le sirve al ser humano para comunicarse consigo mismo, para comunicarse con los demás y para poseer el mundo circundante, nombrando sus realidades por su propio nombre. Si no es así, el hombre es un incomunicado y un ignorante. Porque no sabe... quien no sabe expresarse.

LENGUAJE, CORRUPCIÓN Y CONTAMINACIÓN AMBIENTAL

Cuando tengas que hablar... di algo que sea mejor que el silencio.

Hay que oír y ver lo mal que se habla y se escribe. El ruido que se hace, los espacios que se llenan y lo poco que se dice. Decir algo mejor que el silencio es un desafío, un compromiso. Porque el silencio es valioso, elocuente, saludable, sagrado. Romperlo es una responsabilidad. O un atrevimiento. Pues irresponsable y atrevidamente hay mucha gente que rompe el silencio (y rompe todo) para no decir nada. Si cada vez que se hablara, hubiera que decir algo mejor que el silencio, cuántos charlatanes (incluidos líderes políticos, sindicales, empresarios, religiosos, docentes, pseudoescritores) deberían permanecer callados. No sólo se contamina el ambiente

con el ruido, con los efluentes, con la basura acumulada, con los residuos del consumismo no reciclados, con el veneno que esparcimos en el aire y en el agua, con el trato deplorable que damos a nuestro planeta sin repuesto. El ambiente también se contamina, y cómo, con el mal uso del lenguaje. Dime cómo hablas y te diré quién eres. El lenguaje es una verdadera radiografía del individuo y de la sociedad. Cuando el hombre o la sociedad están en crisis, uno de los aspectos que primero se deteriora es el lenguaje. «Qué haría, si le eligieran para gobernar el país», le preguntaron a Confucio, cinco siglos antes de Cristo. «Corregiría el lenguaje, contestó Confucio. Porque si el lenguaje no es correcto, lo que se dice no es lo que se quiere decir; lo que se dice no se ajusta a la realidad. Y si no se conoce ni se vive la realidad, el hombre y el mundo están confundidos y contaminados». Partimos de la base de que todo lo que existe en el mundo tiene un nombre, una denominación; una palabra justa, exacta, precisa. Llamar a cada cosa por su nombre es verdadera sabiduría. No saber llamar a las cosas por su nombre es auténtica ignorancia. Así de claro. La corrupción del lenguaje forma parte de la corrupción ambiental. Para percibir esta corrupción y esta corruptela del lenguaje, basta con caminar por la calle, ver televisión, escuchar radio, leer diarios y revistas, asistir a alguna sesión del Congreso, de las legislaturas, de los concejos deliberantes. O analizar atónitos la dialéctica de las campañas electorales. A este respecto decía Unamuno: «el que quiera escuchar vaciedades más o menos sonoras, que acuda a escuchar a un político». Podríamos agregar también, a veces, a un legislador, a un animador de radio o televisión, a un abogado, a un profesor, a una maestra, a un muchacho o a una chica «de onda», bien «chetos»; a un «cholulo» o «cholula». En casi todos los casos podremos «disfrutar» las gastadas y vacías «muletillas»: «Este... esto... bueno... la verdad es que... digamos que... viste?... no es cierto?... o sea... de pronto... como que... agarra y... sucede que...». - Nos asombraremos entre el fenómeno

del «cosismo» que desnuda la pobreza lingüística imperante, sustituyendo con el genérico e indefinido término «cosa» o con el aberrante «coso» la palabra correspondiente: «qué «cosas» dices! esto es «cosa» tuya; (me encontré con ese «coso»). Y qué decir del confucionismo de los significados. Nos podemos encontrar con grandes sorpresas: que el Presidente, en plena democracia, «detenta» el poder; es decir que «ha usurpado el cargo», no que lo ejerce legítimamente. Y ahora resulta que la prensa es también radial y televisiva. Uno se imagina a los periodistas de esos medios «prensando» o «imprimiendo» las noticias. Los vulgarismos del lenguaje son verdaderamente deprimentes: alguien se puede estar «estrenando», cuando apenas se está «entrenando». Desde luego cualquiera se puede «golpiar», o «refalar», «rajuñar» o caer en un «enriedo» si lo «apretan». Y «ojala» fuera sólo eso. El blablismo es muy frecuente entre los que hablan y hablan sin decir nada en concreto: «si me permiten voy a hacer uso de la palabra. Pero antes de hablar, recurrentemente voy a decir unas palabras consensuadas y coyunturales». Y quién no ha escuchado redundancias y tautologías como éstas: «las circunstancias que rodean el hecho»; «se expatrian y abandonan su país de origen»; «lapso de tiempo»; «hoy en día»; «hija mujer»; «rehacer de nuevo». Hay quien en un alarde de habilidad «sube arriba», «baja abajo» y «prevé antes». Los jóvenes, por su parte, necesitan reforzar sus afirmaciones para que no queden dudas: «te requiero»; «me recopa»; «muy mucho»; «está refuerte». Sí agregan «man» o «loco», todavía queda mejor. Hasta te pueden «tirar las agujas» para darte la hora, o tirarte «buenas ondas», o «tirarte páldas», «viste»? Tenemos también en la antología del buen lenguaje los eufemismos inventados por una corrupción disfrazada de puritanismo: «distracer fondos», suena mejor que robar. «Amigo de lo ajeno» no ofende tanto como ladrón. «Desprolijidades» o «hacer mal los deberes» no es tan fuerte como delitos de administración pública. Los pseudoempleados son

«ñoquis» o «aviadores». El trasero es «cola», la concubina es «pareja». La prostituta es «mujer de la vida». Los pobres están de parabiesnes porque son sólo «carenciados» o «carecientes». Y los ciegos «no videntes». Y hasta el mal olor se atenúa con «baranda». La presente desinhibición de los medios de comunicación social, los espectáculos y las manifestaciones populares, se concretan en un llamado «destape» y se expresan con regodeo y hazaña de libertad en un lenguaje grosero, soez y ofensivo. Mientras que los hombres públicos llenan el vacío contenido de sus discursos con un léxico altisonante: «en tanto en cuanto desde la óptica del posicionamiento se busca el consenso en una suerte de malavarismo que evite el disenso y lo conflictual en orden a encontrar la potencialidad y el ajuste coyuntural». No escapa a esta pseudoerudición y corrupción el lenguaje jurídico de algunas disposiciones reglamentarias: «los que incurrieren en la violación del item ut supra, serán pasibles del pago de un recargo por moratoria inapelable y sometida a tribunal ad hoc».

«Dos clases de bestias son las más idiotas, sentencia Mauthner, las que no saben hablar y las que no saben callar. A ambas les está negado comunicarse». Podemos concluir diciendo que en la era de las comunicaciones, el hombre, con frecuencia, está incomunicado. Y la incomunicación es una causa segura de contaminación y alienación mental, «Los límites de tu lenguaje significan el límite de tu mundo», agrega Wittgenstein. ¡Qué limitado es nuestro mundo! Cuando tengas que hablar... di algo que sea mejor que el silencio.

* * * * *

Agradezco profundamente a la REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS DE TOLEDO el honor de haberme designado miembro de tan prestigiosa institu-

ción. Agradezco al señor Presidente y a los Académicos que me propusieron. Agradezco a mis hermanos, familiares, amigos y paisanos, que comparten conmigo este halago. Puedo asegurarles que intentaré, con entusiasmo y dedicación, preservar y fomentar los valores de esta Real Academia de mi querida Toledo.